
Hernán Ronsino. *Glaxo*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora, 2009,
96 p.

Glaxo: el revés del western

CARLA BARZIC ZUPAN

I. EL DESMEMBRAMIENTO DEL PROGRESO.

El progreso deja sus marcas en el territorio, arma sus escenarios y sus decorados. Su imposición material es contundente, impone hasta la toponimia. El progreso llega siempre sobre rieles que parecen eternos, hasta que el mundo empieza a desvanecerse, y sólo quedan los relatos fragmentados y superpuestos, los restos que la memoria y los decires ponen a circular.

Glaxo, la segunda novela de Hernán Ronsino, es el escenario de una historia de pueblo donde se entrecruzan los celos y la traición, el crimen político y el crimen pasional. Pero no sólo eso. En *Glaxo* se entrelazan y superponen también las instantáneas capturadas por las voces de los protagonistas que vivencian la zona. Algunas de ellas son luminosas, registran una época de abundancia y movimiento, con las vías del ferrocarril, los silos, los molinos, los cines, los hoteles, los bares, y la Glaxo. Otras, yuxtaponen ese espacio de abundancia con otro de inmovilidad y abandono. En las primeras líneas del relato, el Flaco Vardemann registra en primera persona desde su peluquería y en un presente expectante el trabajo que realiza una cuadrilla municipal para más adelante reconocer la tarea cumplida y sus secuelas: "La cuadrilla termina de cargar las herramientas en los camiones municipales. El cañaveral ya no existe, lo han desmontado y por donde pasaban las vías, ahora hay un camino nuevo, una diagonal que parece más bien una herida cerrada. Parece, ese camino, el recuerdo de un tajo, irremediable, en la tierra."

Como si se invirtiera el orden del relato de una de cowboys donde la llegada de las vías férreas simbolizan la extensión del mundo "civilizado"- por detrás de la trama de *Glaxo*, se narra la partida del tren y el arribo de la destrucción territorial y el desmembramiento: el peluquero del pueblo sueña con esos sonidos metálicos que ya no están, la mujer que articula el letal triángulo amoroso no vuelve a Glaxo, un agonizante busca ser perdonado en un presente donde su traición ya no significa nada. El Flaco Vardemann ya no se parece a Kirk Douglas y

Miguelito Barrios ya no imita a John Wayne. La puesta en escena del duelo a muerte de El último tren a Gun Hill que ambos hacían en el bar Bermejo ya no sería siquiera divertida. El mundo se empieza a desvanecer.

II. A CUATRO VOCES

Esta descomposición se refleja en una narración hecha también de fragmentos. La novela respira a partir de cuatro voces y cuatro tiempos: 1973-1984-1966-1959. Cada voz es una estación en el recorrido, monologa y refiere los hechos, selecciona y ordena lo perceptible, completa lo que falta pero también escatima y esconde para que la tensión de la intriga se mantenga. En palabras de Miguelito Barrios “Todos tenemos estas ideas en la cabeza, que son como secretos, pequeños tesoros de uno mismo. Eso es así”.

Y los secretos que se esconden en el pueblo son en realidad ramificaciones de uno solo, porque todos están involucrados como actores o narradores, porque cuando sólo quede la memoria de lo que sucedió, poco importará la diferencia.

Y se narra siempre desde la plataforma del presente, que se extiende minucioso a cada detalle cotidiano, a cada gesto, otorgándole espesor, carnadura, sentido e inclusive la imprecisión de lo real inmediato. Por eso, en el presente del '73, Vardemann atiende en la peluquería a Juan Moyano, que ese día está de franco, y que después de contarle cómo “se te da vuelta el mundo” con el sistema rotativo de trabajo, agrega: “La cosa se está poniendo pesada, viene brava la cosa”. Y en el presente del '84, Lucio Montes le cuenta a Bicho Souza que la Negra Miranda, la que era mujer de Folcada, anda por Pergamino y que entre otras versiones se dice que a él “los zurdos le encajaron una bomba en Luján y lo hicieron mierda” y el propio Folcada en el '59, en medio de sus devaneos maritales se queja: “Y porque fallé esa noche en el basural de Suárez, quedó vivo ese negro peronista. Y ahora hay un libro. En ese libro no me nombran, cuentan de qué manera se salvó.”

III OPERACIÓN GLAXO

La crítica ha mencionado la elección estética consciente de Hernán Ronsino de entablar un diálogo con la obra de Juan José Saer. La fidelidad a una “zona” su primera novela, *La descomposición* (2007) también elige como escenario el pueblo- y una narración fragmentada e hiperrealista son algo más que un dato. En *Glaxo* podría plantearse, tal vez no sólo por la trama telenovelerana, un acercamiento con la obra de Manuel Puig, claro que sin esa estetización glamorosa o pueblerina.

Lo que sí resulta una operación interesante es la torsión que a esta genealogía le imprime la filiación con Rodolfo Walsh. *Glaxo* lleva un epígrafe de Operación masacre, cuya legibilidad se va desplegando de a poco en el texto, casi en la misma medida en que lo hace la reconstrucción dispersa del argumento que plantea el entramado de las voces. El epígrafe es un fragmento que narra la falla de los fusiladores al ultimar a las víctimas: Folcada es de los que erraron el tiro de gracia. Si la historia que cuentan las voces es una historia mascullada en tonos menores, detenida en detalles y pormenores, la violencia política de los ciudades se desplaza y se extiende al interior también en un grado menor, a través de represores fracasados o fallidos, que llevarán consigo a ese nuevo territorio otras formas de violencia derivadas.